



EL MAGO DE OZ

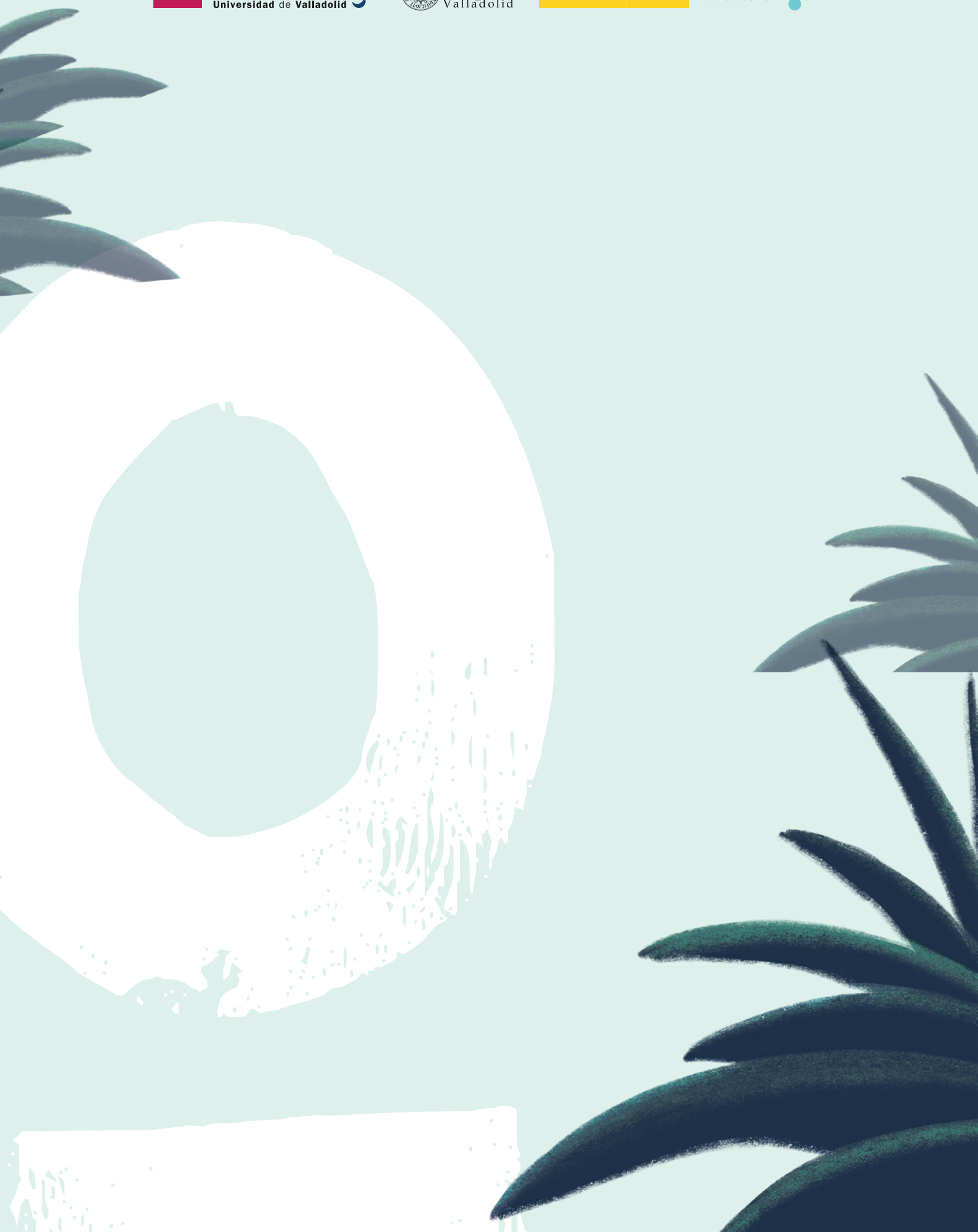
Nº6





EDICIONES
Universidad
Valladolid

Con la colaboración de:



EL MAGO DE OZ

Nº6

Érrese una vez una niña llamada Dorotea que vivía en una granja en Puerto Seguro, un pueblo al noroeste de España, con su tío Anastasio, su tía Ernestina y su adorado perro Toto. Dorotea era una niña muy especial y feliz, pese a que a veces era difícil convivir con su familia. Tío Anastasio era un hombre muy trabajador, pero también era muy estricto con Dorotea y con todo lo que tenía que ver con la granja; tía Ernestina era una mujer cariñosa y comprensiva, aunque también muy preocupada por las apariencias y el qué dirán, especialmente con sus vecinos. Como decíamos, Dorotea era una niña muy especial. *La mayoría del tiempo era muy sensible a los estímulos, tanto visuales como sonoros, y se sentía abrumada en situaciones sociales o ruidosas. Además, le costaba entender las emociones y los gestos de los demás, y a veces tenía dificultades para comunicarse con las personas que no le conocían muy bien. Sus tíos le habían dicho que lo que le pasaba se llamaba autismo, una condición que algunas personas tienen desde que nacen, y que las hace comprender el mundo que les rodea de manera diferente a los demás.*





Dorotea adoraba jugar con su perro Toto y pasar tiempo en su habitación imaginando aventuras. **Tenía un pensamiento muy original y genuino y se sumergía completamente en sus fantasías, lo que a veces hacía que se alejara del mundo que le rodeaba. Quizá le costaba un poco más hacer amigos que al resto, pero Doro tenía un gran corazón y un sentimiento de lealtad sorprendente. Además, era muy perseverante y siempre encontraba una manera ingeniosa de solucionar los problemas, si es que estos le interesaban, claro.**

Pese a sus diferencias, Dorotea siempre había sentido que su familia era su refugio y pasaba horas jugando con Toto, su fiel compañero. Sin embargo, a veces sentía que sus tíos no la entendían del todo y no compartían sus inquietudes y sus sueños.

Fue precisamente en uno de esos días en los que se sentía un poco sola y desorientada cuando terminó en el mundo de Oz junto a Toto, mientras caminaba por la ribera del río. Ambos cayeron en lo que parecía una madriguera, como en el cuento de 'Alicia en el País de las Maravillas', que los llevó hasta allí. Cuando Doro llegó a Oz se encontró en un mundo mágico lleno de colores claros y definidos. Todo a su alrededor parecía sacado de un cuento de hadas, con árboles gigantes y una vegetación exuberante; la hierba parecía esponjosa bajo sus pies y el aire olía a flores silvestres; y la luz del sol se filtraba a través de las ramas de los árboles. Todo ello parecía estar dentro de un orden.



Dorotea quedó fascinada por lo que estaba viendo. A su alrededor había todo tipo de animales, casas de setas y ríos cristalinos que serpenteaban por el lugar. **La calma era la protagonista, ya que no había ruidos fuertes o inesperados. El mundo de Oz era un lugar ideal para Dorotea y donde siempre había soñado vivir.** Y parecía que también para Toto, ya que estaba felizmente jugueteando con un par de palos que se había encontrado mientras se revolcaba en la fresca hierba. Aun así, no había tiempo que perder: tenían que encontrar la manera de volver a casa con sus tíos.



Los habitantes de Oz parecían amables y comprensivos. **Esto era bastante reconfortante, especialmente para aquellos que les resultaba difícil entender las emociones y las intenciones de los demás.** Un ejemplo de esto fue un buen espantapájaros que se encontró en su camino de vuelta



a casa. “¿Vas a ver al Mago de Oz? Porque si es así quiero ir contigo, ya que necesito que me conceda un deseo, y es tener cerebro”, le explicó. El Mago de Oz podría cumplir su sueño. Él era capaz de hacer todo tipo de cosas mágicas, desde crear ilusiones y cambiar su apariencia, hasta controlar el clima. Además, era muy astuto y habilidoso. Y es que el espantapájaros estaba cansado de tener solo paja en el cráneo. Por si esto fuera poco, encima los agricultores utilizaban cada vez más otros métodos para proteger los cultivos, más nuevos que él, como mallas, redes de protección y aparatos que emitían ultrasonidos para repeler a las aves. ¡Dorotea necesitaba también conocer a aquel mago, ya que igual le podría conceder el deseo de volver a casa! Así pues, la niña, Toto y Espantapájaros iniciaron la marcha para encontrar al Mago de Oz.

Pronto se encontraron con un hombre de hojalata que estaba triste, oxidado y no podía moverse. Doro y sus amigos lo ayudaron a lubricar sus articulaciones, aunque hay que reconocer que Toto le rechupeteó de arriba abajo en un intento por ayudarlo. Resulta que aquel montón de hojalata fue una vez un leñador humano, pero un malvado hechicero lo transformó en un hombre de hojalata como castigo por enamorarse de su hija. El hechicero también le quitó su corazón, dejándolo, aparentemente, incapaz de sentir emociones. El hombre de hojalata quería recuperar su corazón, así que se unió al grupo.



“Qué curioso”, pensó Dorotea para sus adentros. *Allí todo el mundo parecía necesitar órganos. En su mundo podrían ayudarles yendo a un hospital con quirófano, aunque en Oz no parecía haber ninguno. Pues esto era importante, ya que muchas personas requerían trasplantes de órganos para vivir. Además, en el caso de un trasplante de corazón, el procedimiento era muy complejo, y se necesitaba un equipo de cirujanos y sanitarios altamente capacitados, además de algo muy importante: el corazón de un donante compatible, algo que no era tan sencillo. Eso sí, un día había oído a sus tíos comentar muy orgullosos que España era el país donde mayor donación de órganos se producían en el mundo y que eso permitía que se pudieran salvar vidas y mejorar la calidad de vida de las personas.*

Dorotea, Toto, Espantapájaros y Hombre de Hojalata continuaron su camino hacia el encuentro con el mago, que debía vivir en un gran castillo. Mientras tanto, se toparon con un león agazapado en la maleza. No parecía que estuviera escondido para atacarles, sino para protegerse de ellos. A su encuentro, León no era común ni corriente -aunque pensándolo bien ninguno de sus amigos lo era- ya que por elección propia era vegetariano, lo que significaba que no comía carne y prefería alimentarse de verduras y frutas. Por otro lado, en lugar de contar una actitud feroz y valiente como el resto de los de su especie, se sentía muy inseguro y asustadizo. León les explicó que siempre había querido ser valiente y fuerte como los otros leones, pero simplemente no podía superar su miedo. Dorotea y sus amigos se ofrecieron a ayudarlo y le permitieron unirse al grupo de nuevos amigos para recorrer el mundo de Oz.

En su camino hacia el castillo se perdieron en varias ocasiones, hasta que llegó un momento que anduvieron en círculos pasando una y otra vez por el mismo sitio. ¡Habían atravesado el mismo campo de amapolas tres veces! Fue entonces cuando se encontraron con la famosa Bruja del Este. Tenía la piel pálida, el pelo oscuro y largo -que caía como una cascada sobre sus hombros- y vestía completamente de negro. Su expresión estaba marcada por unos ojos verdes y profundos y una sonrisa malévolamente. Amablemente, *les ofreció ayuda*



para encontrar el camino correcto mediante una explicación muy sencilla, rápida y de viva voz sobre cómo llegar hasta el mago, ya que ella tenía un gran sentido de la orientación. Justo en ese momento, Hombre de Hojalata se dio cuenta de que había tenido un mapa del mundo de Oz en uno de sus bolsillos metálicos del pantalón todo este tiempo. El mapa contenía unas densas, pero exactas instrucciones, con las que podían alcanzar su destino. “Será mejor fiarnos del mapa, que no ofrece lugar a dudas, aunque nos cueste más descifrarlo, ¿no?”, señaló Espantapájaros.

“¡Qué vas a saber tú, descerebrado!”, le reprendió la bruja en tono irónico. Este era siempre el punto débil de los grandes malvados: infravalorar a los demás y dejarse llevar por las apariencias.



No había tiempo que perder, así que Dorotea pidió a la Bruja del Este, que les diera las instrucciones para su viaje, desechando el mapa, pero que lo explicara de manera clara y técnica para que ella pudiera entenderlo. Lo que ellos no sabían es que las indicaciones que les dio eran erróneas, ya que no tenían ningún fundamento: ni siquiera la bruja había visitado aquel castillo. Doro y sus amigos siguieron sus pautas hasta que se dieron cuenta de que les estaban conduciendo por el camino equivocado. Nunca más volverían a escoger el camino fácil, no sin antes sopesar bien su decisión y los posibles inconvenientes. Tras varios días de interminable viaje, juntos llegaron al encuentro del mago. El castillo donde vivía era una impresionante fortaleza construida con piedra labrada que se elevaba sobre una majestuosa colina. Su entrada estaba protegida por un profundo foso y una gran puerta de madera, con enormes bisagras de hierro que chirriaban al abrirse. Una vez dentro, el castillo era un laberinto de habitaciones, pasillos y paredes gruesas que parecían pesar toneladas. El castillo en su interior estaba decorado con ricos tapices, alfombras y muebles de madera tallada a mano, todo ello en un estilo medieval. En su gran salón central, escoltado por una enorme chimenea de piedra, se asentaba el trono en el que se sentaba el Mago de Oz.

El mago se dirigió a ellos con una voz grave y solemne, pero amable al mismo tiempo. Se presentó como el gran Mago de Oz, y les explicó que desde muy lejos había escuchado sus deseos y estaba dispuesto a cumplirlos, pero antes debían de escucharle atentamente. Fue entonces cuando el mago comenzó a hablarles de su verdadera naturaleza: en realidad, él no era un verdadero mago, sino un hombre común que había llegado a Oz en un globo aerostático.

“¿Y cómo vuela un globo aerostático?”, pregunto Hombre de Hojalata interrumpiendo su explicación. “Estos globos pueden volar porque se calienta el aire que hay dentro de ellos. Esto hace que ese aire se expanda y pese menos que el exterior que lo rodea y por ello pueda levantarse”, le respondió el hombre con una paciencia infinita. Aquel sabio había logrado convencer a todos los habitantes de Oz de que era un gran mago gracias a su inteligencia y habilidad para hacer trucos. Les dijo que, por tanto, no podía concederles los deseos que tanto ansiaban, pero que a cambio les daría algo aún mejor: una enseñanza.

Primero empezó con Espantapájaros y sus ganas por tener un cerebro en vez de paja en la cabeza. “Al parecer no lo necesitas tanto si has sido lo suficientemente inteligente como para llegar hasta aquí y además tan bien acompañado”, señaló el mago. Siguió por Hombre de Hojalata y su falta de corazón: “Los sentimientos se generan en el cerebro, aunque el corazón, como el resto de las partes del cuerpo, experimenta el amor verdadero, la amistad e incluso la tristeza. ¿Acaso lo necesitas entonces?”. Y prosiguió con León: “Se requiere de mucha fuerza y valentía para ser diferente a todos los que te rodean. Tu valor no tiene comparación”, apuntó.

Cuando llegó a Dorotea y a Toto, hizo una larga pausa: “Y a ti querida niña, no hay nada que pueda enseñarte. Este mundo está perfectamente adaptado para ti, lo sabes desde el primer momento en que llegaste, y aun así quieres volver a casa, junto a tus tíos. Porque quizá allí tu vida no sea tan fácil, pero tu amor por ellos es mayor que tu miedo a esas dificultades. Vuelve querida niña, solo tienes que despertarte”. Y Dorotea se despertó.

